

la estepa florecida

Bruno Di Benedetto



poesía

Aproximación a la noche

Desde la calle desierta un derrumbe y un silencio:
la Ciudad está respirando su aire más secreto.

Borrachos

putas

adúlteros

insomnes a la violeta

suicidas perseverantes

aspirantes a una fornicación improbable:

llueve.

El vientre de la ciudad

ha sido dado vuelta

como un guante viejo.

Adentro se duerme

con la tranquilidad

de haber sacado la basura a tiempo.

Afuera

todavía es posible obtener

el beneficio de la duda:

otra ginebra.

Medianoche

Extraño momento.

Me protejo de la lluvia

en una casa que sigue siendo de otro.

Afuera, tras el cerco de agua sobre rugido

están el amor y la rebelión;

a veinte mil kilómetros de mi puerta

en algún lugar

es mediodía:

un campesino golpea la tierra

con desesperación automática

cada dos segundos nace un niño

cada cuatro matan a un hombre

cada diez una mujer vende su vientre

un viejo se tambalea al filo de la eternidad

y se muere de vértigo y asombro.

un ciego sueña con un doble sol rojo

un águila cae y mata

una madre se inclina sobre una cuna y sonrío

Tan lejos y tan cerca de mí

algo crece

con lógica inhumana.

Hay una línea
un ardor

en el mediopecho
una frontera amarga
como un hilo de sal
un dolor que sube
presagiando tormentas
del tamaño de un pájaro.

Círculo cerrado del amor
que no se da:
el poema se muerde los talones
con furia vacía.

¿Cuál es el límite de una mujer:
su piel
o esa ribera de sal
que precede al orgasmo?

Una absurda báscula de medir qué
la mirada
tic tac
éste es el mundo
éste es el mundo
éste es el mundo

¿y el deslímite del paisaje?
¿Y ese tajo más allá de las hojas secas?
¿y esa rajadura en el aire?

si la mirada no es una pregunta
si la pregunta no es constante
el ojo cae.

el señor M., famoso ex futbolista, amenaza con el puño izquierdo en alto

ha movido influencias
ha intentado seducir
ha amenazado con escándalo mediático
ha puteado
ha suplicado
y nada:

ninguno de los propietarios del country
aprueba su solicitud de ingreso

ahora levanta el puño
muestra el tatuaje
y escupe:

piojos resucitados

ya van a ver
cuando los agarre fidel.

la señora N., ama de casa, espera visitas

camina la casa
-una vibración de legítimo perfume francés
la sigue como perro en celo-

cierra la puertas de las habitaciones vacías
baila con el perchero de cedro
una canción de juventud
que ya no entiende

desnuda frente al espejo
su cuerpo de violoncelo

hace sonar todas sus cuerdas

recorre la penúltima,
la más grave,
frente a la ventana abierta

pide bajito que alguien venga
que rompa los cristales blindados
que entre sin permiso, sin misericordia
que la coja
o que la mate

le da igual

De *Crónicas de muertes dudosas*

Premio Casa de las Américas, Cuba, 2010

Publicado en La Habana, Cuba, en 2010 y en Buenos Aires por Ediciones en Danza, 2011

Catherine Roberts-Davies

Punta Cuevas, Puerto Madryn, 20 de agosto de 1865

Catherine, su marido, Robert, y sus tres hijos partieron de Llandrillo en búsqueda de una vida mejor. Sin embargo, el hijo pequeño, John, de once meses, murió durante el viaje a la Patagonia y fue enterrado en el mar.

Al mes escaso de llegar a New Bay (Golfo Nuevo) Catherine también falleció. Robert lo hizo en 1868 y el hijo mayor, William, en 1872 cuando tenía 15 años.

El único que sobrevivió, Henry, tenía siete años cuando viajó a la Patagonia y más tarde emigró a Canadá.

www.glaniad.com

Maestro de simulacros el mar
con su furia y su agua verde.

Apoyada en la baranda de pino del Mimosa
Catherine Roberts-Davies
ve las colinas de Llandrillo
donde sólo hay abismo lento.

Pero en las colinas de Llandrillo
los muertos no se hunden:
flotan a ras de tierra
en sus pequeñas barcas de madera
con una cruz por mástil
y una plegaria por velamen.
En las colinas de su pueblo
los muertos tienen domicilio fijo;
una astilla en la piel de tierra
un polo magnético
hacia donde giran
todas las agujas del dolor.

En el mar los muertos
no se quedan quietos
se hacen mancha borrosa
caen y caen en agua verde
y después en agua negra.

Algún marinero le ha dicho
que allá abajo hay extraños peces luminosos.
Catherine Roberts-Davies
piensa en su hijo John
muerto a los once meses
en medio de la mar atlántica
y en su viaje vertical
y en su escolta de fosforescencias
y en el manto blanco en que iba envuelto
y en el ruido sordo de la dentellada
con que el mar se lo tragó.

Ahora mira la foto,
la única de John y sus hermanos.
A la luz de la vela se esfuerza
por distinguir los rasgos de su hijo menor.
Esa mancha borrosa es todo lo que queda.

No es que el bebé se ha movido
—como insistía el fotógrafo—
es la muerte que ha comenzado a sumergirlo,
es la falsa transparencia del mar,
es un cruel reverbero del sol,
es un rostro que ya se aleja
a lo hondo y a lo oscuro.

—¿Cómo no me di cuenta
—dice Catherine—
que esa máquina infame
que esa blasfemia química
que ese ojo del diablo
ya estaba viendo tu futuro?

Parada sobre la arena húmeda de New Bay
Catherine mira a su hombre y a sus hijos
arrancando tablas de lo queda de un barco.

Donde antes hubo naufragio
ahora hay canciones y alegría
que Catherine ya no entiende.
Sus hijos llevan cantando
la madera de pino hasta los refugios

tallados en la roca blanda de la costa.
Dentro de veinte días
una de las tablas será la tapa de su féretro.

Inmóvil para todos los vientos
salvo el de los años,
mínimo naufragio en las costas del presente,
una barca de pino ha traído
unos huesos
un botón
unos clavos oxidados
un anillo de oro
y la duda de un nombre fosforescente
que se hunde, borroso,
en la falsa transparencia del tiempo.

4

nada en el límite

busca una marca
un alambrado
un cartel
que diga
hasta aquí

no hay fronteras en el fondo
arriba todo es fractura

se sufre de velo óptico
por exceso de inmersión.

13

nada en la belleza

la ambición de la medusa
es ser agua voraz

ondula
un escalón por debajo
de la transparencia

Lo que cautiva al ojo
no es lo transparente
sino la promesa del veneno
que sisea
en lo que no se deja ver.

22

nada para escuchar

lo inaudible es la mitad del silencio

de la otra mitad

sólo quedan las esquirlas

o esas heridas

de lo que no se puede decir

de lo que no se deja decir

nada.

I

La espera no tiene forma, sólo una periferia irregular que se expande desde un centro que todavía no ha llegado a la cita.

III

La espera en invierno: un pájaro helado sobre una rama.
El pájaro, de carne. La rama, de tinta limón.

IV

La espera estira el pescuezo para ver quién no viene.

VII

La espera en verano: un pájaro sobre la arena ardiente.
El pájaro, de carne. La arena, de arena.

XII

La espera en primavera: un pájaro a punto de beber de una flor.
El pájaro, de carne. La flor, carnívora.

XVII

La espera en otoño: un pájaro confundido entre hojas secas.
El pájaro, de carne. Las hojas, puro nervio.

XXVI

La espera de noche: un pájaro blanco que va
contra un muro negro.

El pájaro, de carne. El muro, no existe.

Materia

El nervio enjoyado de la materia es arte de orfebrería estelar: un hilo radiante que cose carne con carne y plomo con plomo; (bienaventurados los que creen en el orden de los elementos, y no mezclan carne y metal hasta ser lloro y crujir de dientes: el dolor es una equivocación, una cuerda de hélice retorcida que nos ata como perros a la muerte). Somos el polvo crudo de un estallido: las estrías de luz llegan hasta el extremo del árbol de la sangre, y más allá no sabemos ver. El alma no es más que otra ramificación: yema verde y agria por no saber que su sed más dulce nace de agua que no es de este mundo.

Antimateria

La temperatura de fisión se alcanza en la superficie del espejo: la espina dorsal del ojo se vuelve bífida, pero el dolor viene de saber que lo igual es enemigo de sí mismo. La cargazón eléctrica reparte puntual su discordia: a cada palabra le nace una antipalabra; la infección de luz sube de átomo en átomo y no hay antídoto para lo que no se puede decir. Los cuerpos generan sus anticuerpos y estallan, de placer o de antiplacer, da igual: en esa milésima de encuentro antes de la explosión cada uno dice su nombre verdadero, el de morir y el de matar: un secreto que queda cimbrando en la nada, que es sordomuda.

¿Se podrá escribir un bosque? No contar el bosque, sino
construir el bosque con palabras: tallarlo con la lengua
en ese bloque oscuro que es una precipitación de mil voces
en el vaso químico del tiempo: el reverbero de mil gargantas
muertas en una garganta viva, el fino espesor de mil bautismos.

El problema es que los bosques crecen desde abajo, y el poema
crece desde arriba: habrá que empezar a edificar en el aire:
necesitamos un pájaro que nos defina eso que llamamos cielo
que ni es cielo ni es azul, lo sé, pero pasa una bandurria
con su pico egipcio y su grito estridente y no hay lugar para dudas:
eso es el cielo, que es cielo y es azul en el corral de la montaña.
La montaña es fácil de hacer: empujar durante un millón de años
el basalto sobre el basalto, confiar en el fuego central del planeta.

Lo difícil es el bosque, su ciencia húmeda y oscura, su frescor:
el escalofrío que da tocar la piel de un arrayán en pleno verano,
la sentencia del ciprés, el grito rojo de la lenga en el otoño,
la amistad del coihue con el agua, poner en palabras el amor
al coihue, sus filigranas al sol, el sol colándose apenas entre las hojas
el arroyo mínimo que te da de beber, el plano inclinado de tu deseo
de ser bosque, de ser árbol, la sombra que te ata a la tierra negra,
la tierra negra hecha de millones de cadáveres de pequeños bichos,
de hojas amarillas, de troncos podridos, de gusanos, de mariposas,
de gentes marrones, rojas, amarillas, blancas: gente igualada
por el reclamo del humus, juez implacable que no perdona
pero consuela: de lo negro vienes, a lo negro vas:
el cielo de los árboles empieza por abajo

y de ahí nace el bosque.

Meditación de Ícaro en pleno ascenso

¿Qué es lo leve?

No mi cuerpo, no el cuerpo de mi padre:
nos sostenemos en el aire con furiosos aletazos.
El ansia de libertad nos dio estas plumas,
el odio a la cárcel la fuerza en el pulmón,
el ingenio nos hizo barcos en el aire,
un océano de seis direcciones: cuatro inocuas
y dos fatales: abajo el agua, arriba el fuego.

La levedad, dice mi padre, es el camino a media altura.
No le creo.

No somos leves, no flotamos: ganamos el sustento
con la fuerza del brazo y el sudor de la frente:
hace mucho se nos negó el paraíso de volar por volar.

Soy hijo de esclava.

Allí abajo está el laberinto, sus tripas retorcidas
por la mano de mi padre.
En esas piedras flota el extravío.

La locura terrestre es tener que elegir
entre dos caminos exactamente iguales:
por eso bato las alas con desesperación.

¿Pero qué es lo leve?

No es leve el colibrí, incapaz
de flotar sin su ración de néctar
y su velocidad de pesadilla,
no es leve la flecha que nos mata: la tensión
del arco, el pesado brazo que lo tiende,
no es leve la abeja, vean su tracción de polen,
escuchen el zumbido de su destino de obrera,
sientan el peso implacable de su hexágono de miel:
no es leve lo que se esfuerza en mantenerse a flote

es leve la ballena muerta con toda su osamenta,
es leve la semilla del diente de león en el viento,
es leve el vuelo de esas arañas en sus babas del diablo,
es leve el león en su salto sobre la carne viva,
es liviana y mortal la angustia que flota
sobre las pesadas piedras del laberinto de mi padre,
es leve la acometida salvaje de los amantes,
es leve el cadáver del ahogado, del prendido fuego:
la levedad de un cuerpo depende de la densidad
del elemento que lo sustenta.

Lo más liviano es el sol:
flota sobre la pesadez de la tierra
flota sobre la oscuridad
flota en su hambre de sí mismo
flota en su propia luz: allá voy

Sobre el sol sólo flota el vacío:
en esa nada todo cae al mismo tiempo.

Carga eléctrica

A Rafael Nahuel

Nunca has tocado.
Nada te ha tocado.

La superficie de los cuerpos
tiene carga eléctrica negativa:
lo igual se repele
como la luz se repele a sí misma
en ese espejo
superficie y fondo de la nada.

Nunca tu boca tocó otra boca:
los labios permanecen a distancia
mínima, infinita,
las lenguas se enroscan
alrededor del vacío,
las salivas no llegan a mezclarse,
el olor a cedro, regaliz o humo de ese aliento
nunca tocará uno solo de tus nervios,
aunque no lo podrás borrar jamás
de tu memoria, que olerá para siempre
a cedro, a regaliz y a humo.

Y por eso sabes que te han besado.

Tu cuerpo nunca tocó otro cuerpo:
con toda tu pesadez
has flotado sobre los cuerpos amados,
liviandad de tu lujuria medida en vacío:
nunca has penetrado
nunca serás penetrado
más que por la repulsión eléctrica
entre partículas sin peso
atadas al yugo del centro invisible del átomo.

Y sin embargo sabes que has amado,
sabes que te han amado,

mil veces Lázaro
resucitado
después de pequeña muerte.

Tus pies nunca han tocado la tierra,
ni descalzos
ni aún despellejados
por las piedras del camino:
has levitado sobre el asfalto
y el ripio
y la arena hirviente
y el mármol helado de casas ajenas
santito bípedo
que no despega ni tanto del suelo.

Y sin embargo sabes que has caminado:
ahí están las llagas en tus pies.

Nunca te ha empujado el viento
nunca acariciaste la cabeza de un niño
nunca te ha mordido un perro
nunca mordiste durazno o carne roja
nunca tragaste saliva después
del golpe que no viste venir
nunca te golpearon
nunca tu lengua tocó la palabra nunca
nunca dijiste una palabra
que llegara a ese oído
nunca el martillo golpeó el yunque,
nunca sonó el tambor del tímpano
nunca tocaste a nadie con tu palabra
ninguna palabra te ha tocado jamás

Y sin embargo has hecho de las palabras
algo que no es paraíso
ni infierno
ni purgatorio.

La bala que te matará,
hecha de plomo o de tiempo,
nunca llegará a tocarte:
la piel, la sangre y los huesos
se apartan

se abren como una flor
ante la fuerza de un sol invisible:
nunca habrá yunta de plomo y carne,
los matrimonios de la carne y el tiempo
no son para siempre,
la sangre nunca llegará al suelo
el fogonazo nunca tocará tus ojos
el olor a pólvora
quedará flotando lejos
de tu vaina de terminales nerviosas

y sin embargo te mueres
te mueres
te mueres
te mueres
por pura obediencia
a lo que no existe
o a lo que existe demasiado.

Todo lo que querías era tocar,
tocar algo para siempre
mientras te llega el nunca
que nunca llega a ser palabra,
que nunca podrás escribir.



Bruno Di Benedetto (Avellaneda, provincia de Buenos Aires en 1955. Desde 1979 reside en Puerto Madryn, Provincia del Chubut). Ha publicado “Vengan juntos” (relatos) y los poemarios “Palabra irregular” (Premio Convocatoria Escritores Inéditos, Chubut, 1987); “Complicidad de los naufragos”; “Dormir es un oficio inseguro” (premio Fondo Editorial Chubut, 2003); "Country" (Ed. El surí porfiado, 2009); "Crónicas de muertes dudosas" (Premio de Poesía Casa de las Américas 2010, publicado en Cuba y en Buenos Aires, 2011, Ediciones en Danza); "Nada", (Editorial Ruinas Circulares, 2014, Buenos Aires); "Crítica de la espera" (Ediciones de la Eterna, Tucumán, 2015), "Cámara de niebla" (DelValleBajo Ediciones, Viedma, 2015) y “Carga eléctrica” (La Adivinación Proyecto Editorial, Neuquén, 2024) Sus textos integran antologías publicadas en Argentina, Colombia, Chile, España, Alemania e Inglaterra.

